

AL FINAL DEL SILENCIO

Rémi Chéno

COLECCIÓN
ESPIRITUALIDAD
narcea

Rémi Chéno

AL FINAL DEL SILENCIO

NARCEA, S.A. DE EDICIONES

ÍNDICE

Rémi Chéno

Al final del silencio

Cita inicial

A los lectores

Hacer silencio

Al final del silencio

Palabras y silencio

Los caminos del silencio

Colección espiritualidad

Créditos

Habla, Señor, que tu siervo escucha:
digo "tu siervo", porque eso soy;
lo soy, lo quiero ser,
y quiero andar por tu camino
día y noche.

Lléname de un espíritu que me haga entender
lo que quiere para mí tu santa voluntad,
y que reduzca mis deseos
al solo deseo de escuchar tus altas verdades.
Quita relámpagos de tu divina elocuencia;
haz que fluya sin ruido hasta el centro de mi corazón,
que tenga rocío, viva abundancia
y una amable dulzura.

Pierre Corneille



A LOS LECTORES

Este libro no se dirige exclusivamente a los creyentes, cualquiera que sea su religión, sino y en primer lugar a todos los que están dispuestos a intentar aventurarse en la espiritualidad sin ser forzosamente religiosos, a todos los que no se llamarían cristianos, al menos no todavía o no ciertamente; está dirigido a quien quiere escuchar lo que un creyente puede decirle.

Muchas veces, será necesario distinguir entre espiritualidad y religión, entre camino espiritual y camino cristiano, no para mantenerlos a distancia sino para someterlos a una domesticación mutua y progresiva. Nada obligará al lector a adherirse a uno o ensayar otro. Damos, pues, la bienvenida al no creyente, atento a una aventura espiritual, como al creyente que no encuentra lugar en ninguna de las religiones instituidas.

Generalmente nos gusta oponer las tradiciones religiosas o espirituales porque nos da miedo llegar a la insensatez de un relativismo imprudente que no nos dejaría reconocer en el otro lo que existe en nuestra casa. No todo vale, no todo es lo mismo. Ciertamente que la meditación cristiana y la de plena consciencia no son idénticas. Pero sin borrar sus diferencias, podemos implementarlas para nuestro beneficio: las tradiciones del otro, sus prácticas y sus técnicas pueden iluminar las mías. Sin el temor de llegar a una mezcla indistinta, podemos asimilar sus elementos.

El itinerario que ofrece este libro es un recorrido cristiano, aunque he buscado hacerlo de tal manera que resulte accesible para los que no lo son. Un adepto al budismo tibetano, al *hatha* yoga o a la meditación de la plena consciencia puede ser feliz y encontrar aquí algo de su propia experiencia espiritual sin necesidad de adherirse a todo lo que va a leer. También descubrirá elementos, nociones y prácticas de su propia tradición, aunque, probablemente, no serán exactamente idénticos.

A falta de un acuerdo dogmático completo, consideraría un éxito haber encontrado un lenguaje común y una connivencia espiritual.

He visto cómo, en la actualidad, en algunos vuelos de Air France se ofrece en las pantallas multimedia temas de iniciación a la meditación de plena consciencia o *mindfulness*. Si esta compañía francesa ha decidido proponer eso a sus clientes, probablemente se debe a intereses comerciales bien informados que saben que hay una fuerte demanda de estos temas. ¿Deberían excluir de sus

vuelos cualquier dimensión religiosa? Se entiende que una compañía de aviación respetuosa con la laicidad tenga una respuesta "laica". Pero no deberíamos prohibir a quien quiere comprometerse en una vida espiritual el acceso a la sabiduría de las tradiciones propiamente religiosas ni creer que no pueden entrar en conversación pacífica con espiritualidades que se dicen "laicas". Si eres laico, imprégnete de laicismo, pero si estás disponible para conversar con un creyente, bienvenido seas tú también.

Este libro no está reservado a los santos. Es sorprendente constatar cómo los místicos cristianos, cuando presentan sus itinerarios, mencionan la necesidad de una purificación inicial. Es la fase "purgativa" del recorrido espiritual en el que el creyente descubre su pecado; solamente entonces puede iniciar un camino de unión con Dios.

Otras tradiciones también mencionan una fase ascética donde el discípulo debe penar años antes de acceder a las etapas siguientes, lo que resulta bastante desalentador porque supone empezar una etapa bastante difícil que, muy a menudo, conduce al abandono del proyecto empezado: ¡Esto no es para mí, es demasiado difícil! ¿Conseguiré vivir sin ningún pecado para encontrarme con el Señor? El encuentro con el Dios vivo ¿es mortal para quién no es puro?

El problema es tanto más serio cuanto nuestros contemporáneos tienen dificultades con la noción de pecado, cada vez más confusa y menos comprendida, que asociamos demasiado rápido con la culpa y la vergüenza en lugar de con la alegre esperanza de salvación y la buena noticia de un Dios misericordioso.

Probablemente, nuestra conciencia moral no es menos aguda que la de nuestros padres y abuelos, pero sabemos más sobre sus propias ambigüedades. El blanco y negro de los mandamientos ya no tienen derecho de ciudadanía en el gris de nuestras conciencias, enredadas en la complejidad de las situaciones humanas y de las herencias psicológicas. Es obvio pensar que es posible una buena teología del pecado y de la misericordia; sin duda es también necesaria, aunque siempre será compleja y no se podrá imponer como previa al proyecto del creyente que desee entrar en un camino de oración. Si te sientes indigno, impuro, sucio, o muy lejos del mundo de la fe, también a ti te doy la bienvenida.

La ascesis, el ayuno, la mortificación del cuerpo son hoy sospechosos porque somos conscientes de las connotaciones masoquistas de ciertos comportamientos; nos hemos vuelto prudentes ante tendencias anoréxicas y desafiantes ante cualquier forma de maniqueísmo que oponga la pureza imaginaria del alma con la carne mortal, supuestamente incrustada en el espesor de la materia. Sin embargo y paradójicamente, algunos de nuestros contemporáneos vuelven a ejercitarse en el dominio del cuerpo y no faltan seguidores a los que proponen una semana de ayuno para limpiar el cuerpo y el corazón. Pero la dura ascesis de los cartujos o el voto de silencio de los trapenses o la soledad de los ermitaños asusta tanto como fascina.

Nos gustará ir a un retiro espiritual en una abadía unos días, pero no quedarnos allí para siempre. Es demasiado duro, demasiado extremo, demasiado radical. Si te sientes incapaz, excluido de antemano, si ves que no puedes hacer ni los preliminares de una aventura espiritual, también a ti me gustaría darte la bienvenida.

Todo lo que necesitas al abrir este libro es reconocer en ti una sed, cualquiera que sea el nombre que le des: sed de aventura, sed de interioridad, deseo de amar, deseo de ser amado, sed de interioridad, deseo de saber cómo rezar, de estar más arraigado, de desear la verdad, la belleza, lo infinito. Probablemente, una mera curiosidad no es suficiente; es necesario ir más allá. Pero si vive en ti esa sed, ¡bienvenido seas!

HACER SILENCIO

El silencio bebe la verdad de nuestras vidas.

Christian Bobin

Prisonnier au berceau



Baja de nuevo. Más profundamente. Deja la superficie. La vida real, la tuya está más enterrada. Encuéntrala. Baja...

Has cerrado la puerta de tu habitación. Estás sentado o arrodillado sobre una silla, un cojín o una banqueta; poco importa. Has bajado la intensidad de la luz. Abstenerte de todo lo que te rodea. Convoca todo tu ser, todo tu cuerpo a esta abstracción. Tienes que poner todo, incluso todo tu "tú": tu cabeza, tus brazos y piernas, tu vientre, tu respiración, tu corazón (para muchos, la respiración abdominal es una buena manera de llegar a uno mismo, aunque no es un paso obligatorio). Todo lo que eres, recógelo y baja.

Desciende para dejar la superficie, el ruido, la agitación, las preocupaciones, las preguntas, lo urgente. Como un submarino que se encuentra en aguas profundas, lejos de la tempestad que ruga en la superficie, tienes que descender dentro ti y encontrar la calma abismal que vive en tu interior. En las capas profundas de nuestro ser, las masas de agua están calmas.

También puedes olvidarte del submarino. Imagina un gran lago, profundo, con aguas negras y pesadas. Un lago sin una sola arruga en la superficie. Absolutamente tranquilo. Cada uno de nosotros, en el fondo de sí mismo encontrará un lago así. (Yo lo sitúo en algún lugar debajo del diafragma). Esta es la fuente de mi equilibrio, el peso interior que me estabiliza, que me sitúa en la existencia. No es un lugar de temor, tampoco de una alegría ruidosa. Es un lugar totalmente tranquilo, absolutamente vacío y al mismo tiempo absolutamente lleno.

Nunca podrás dejar de pensar porque para todos el discurso interior es incesante y, puede ser, que hasta agotador y tedioso. No se puede hacer nada contra esta actividad mental. Ni siquiera lo intentes. Esta actividad de tu mente cada vez se impondrá con más fuerza a lo que quieres desembarazarte. Cuanto más quieras alejar tus pensamientos, más te enfrentarás a ellos. Entonces,

simplemente, tendrás que renunciar a este combate vano. No luches contra tus pensamientos, déjalos aflorar a la superficie, a su gusto. No pueden conocer el lago negro totalmente, hasta el fondo. Solo pueden desalentarte a bucear en él. No rechaces las imágenes, los deseos, las ansiedades que se deslizan sobre ti sin poder sujetarlas. Es imposible acabar con ellas, pero su capacidad de salirse con la suya es ilusoria.

Incluso el sufrimiento físico, incluso el castigo moral no debe estorbarte y desprenderte de ti mismo. El enfermo hospitalizado, roído por el dolor a pesar de los tratamientos, no saldrá de su sufrimiento. Y el depresivo, hundido en el laberinto extenuante de su enfermedad, no se librará de él como por arte de magia. Pero pueden ir allí donde la pena les convoque y les asigne su lugar. Pueden bajar a las aguas profundas.

Hace unos veinte años tuve una experiencia que me hizo entender bien esto: casi me ahogo en una playa de la costa atlántica. Soy muy mal nadador y cuando subió la marea, las olas venían con resaca. En ese caso, lo mejor es dejarse llevar por la corriente sin resistir, pero yo no lo sabía y luché. Tuve pánico, tragué agua un par de veces. Estaba angustiado, me veía morir. Entonces tuve la experiencia de una superposición de varios estados de consciencia simultáneos. En uno, estaba absolutamente aterrorizado. Pero, al mismo tiempo, me decía irónicamente que era demasiado estúpido morir así. También, experimentaba un tercer “yo” que oraba pacíficamente. En un cuarto plano me preguntaba cómo los amigos que me acompañaban sabrían a quién avisar de mi muerte. La continuación de la historia no tiene interés: mis amigos se dieron cuenta de que tenía un problema y me salvaron.

Pero entendí que al cerebro humano le es posible estar en varios estados a la vez. El silencio al que os invito no es un estado exclusivo que aniquila otros estados de conciencia. Puedes estar inmerso en tus preocupaciones, ensordecido por el ruido que te rodea o por el que vive en tu interior y, al mismo tiempo, acceder al profundo silencio que se encuentra en el fondo de ti mismo. Esta experiencia no está reservada a los ascetas después de un largo y doloroso entrenamiento. Tú solo tienes que intentarlo para comprobar que eres capaz de conseguirlo, como todo el mundo.

Lo que te espera, lo que encontrarás, es el silencio. No un dulce silencio almibarado ni un silencio de muerte. Más bien es un silencio de... nada. Un verdadero silencio. Eso cambiará el ruido del mundo, el ruido incesante de nuestras vidas cotidianas. Este silencio de nada se presenta paradójicamente pleno. No tiene nada de angustioso, como sería un lugar desértico donde te encontrarías perdido y exiliado. Este silencio parecerá lleno porque no es el de una ausencia sino el de la presencia a uno mismo. Este silencio eres tú.

¡No te dejes engañar! El silencio de tu lago interior no es un lugar separado, un refugio seguro a donde puedas evadirte para olvidar el resto de tu vida. No puedes estar allí sin vivir, al mismo tiempo, rodeado de tus pensamientos

desordenados, habitado por tus preocupaciones o tus alegrías, y tal vez incluso dolorido o quebrantado por el sufrimiento.

Alcanzar el silencio interior no sucede jamás de manera exclusiva, como si pudieras escapar de ti mismo. Consiste en unirse a él *también*, como superpuesto a todo lo que constituye el resto de tu vida en este momento. Seguramente, habrás optimizado este descenso al silencio al haber cerrado la puerta de tu cuarto, haber bajado la luz y descolgado el teléfono, intentando así liberar tu agenda. Pero te faltará hacerlo con toda tu vida interior que no podrás desconectar. No lo intentes, ya te lo he dicho antes. Te agotarías en vano, sin conseguir acercarte a tu silencio. Deja que todo esto viva, pero únete *también* a tu silencio. Dale importancia a él solo.

Otra imagen que sin duda puede ayudarte a comprender lo que estamos hablando puede ser ese fenómeno meteorológico tan conocido por la gente del norte cuando, al terminar el invierno y subir las temperaturas, la cubierta de hielo congelado se rompe en grandes bloques que van a la deriva en todas direcciones entrechocándose. Cuando intentamos recuperar el silencio interior, a menudo tenemos esa misma experiencia: en lugar de experimentar cómo se calman los pensamientos y el monólogo interior, se produce lo contrario. Los pensamientos se enmarañan, se superponen, se acumulan, se entrechocan y la situación resulta peor que antes: buscábamos la calma y nos encontramos con la tormenta. Sin embargo, hay que mantener la confianza. Esa situación no dura más que un instante, hasta que todos los bloques de hielo se derriten uno tras otro y se restablece la calma en el inmenso mar. ¡Paciencia, pues! Una vez más, no hay que apegarse, ni siquiera interesarse. El silencio interior nunca está lejos. Se deja descubrir por quien sabe esperar.

Hay que hacerse a la idea de que habrá días en que no llegaremos a nada. Llegar al lago interior, a ese silencio que nos habita a todos, no siempre será posible. Puede que algún día el dolor sea demasiado fuerte y te deje sin ánimo ni recursos para hacer el camino hacia el silencio. O bien, puede que estés sometido a un gran estrés y no puedas decir dos palabras correctamente de lo tenso y agotado que estás.

Esos días, será necesario recordar las antiguas experiencias de silencio. Sabes que es posible porque las has degustado anteriormente. Lo que queda para esos días es la experiencia acumulada que te permite, si no experimentar, al menos saber que "está ahí", que el silencio no ha abandonado el subsuelo de tu ser. Siempre está ahí. No lo sientes, pero lo sabes. Lo crees. Cualquiera que sea tu pena o tu estrés, ese conocimiento permanece en ti. Puedo disfrutar de la seguridad de que el silencio me habita, lo que supone una fuente de alegría. Tal vez esta es la alegría perfecta: saber que lo que no experimento existe siempre, indefectiblemente. Este saber se convierte en un pilar sobre el cual apoyarme en cualquier tipo de prueba; es una fuerza interior que nada me puede arrebatar.

Normalmente, el camino hacia el silencio será fácil, cada vez más fácil; llegarás

a él cada vez con más naturalidad, te apropiarás de este movimiento interior que se te volverá evidente. Acumula esta experiencia para los días más oscuros y alégrate cuando ocurra.

Tal vez te cuenten o leas en algún libro los métodos para llegar paso a paso a este silencio. Si te ayuda, no lo rechaces. Pero no hagas caso del todo. Por supuesto que los ejercicios de respiración, de relajación, de concentración u otros pueden facilitarte el acceso al silencio interior. ¿Por qué no aprovecharlos? Pero no los consideres una meta; sería muy poco. No es más que una etapa que, además, no es tan difícil como para realizar técnicas sofisticadas o entrenamientos prolongados. Es solo una etapa hacia otra cosa de la que, tal vez, se habla menos y de la que es posible que no encuentres nada escrito sobre ella...

Esta es solo la primera etapa. No es un combate ni una pelea. Es la reconciliación de uno mismo con todo lo que me habita y al mismo tiempo es la elección de ir a un lugar propio de mi ser. Es elegir vivir en un estado de conciencia profundo, siempre disponible, siempre presente incluso antes de unirme a él. No hay que hacer nada, ya existe. Solo es necesario volver. Cada vez que lo hagas, serás feliz de encontrarte allí. Será tu alegría secreta, tu fuerza interior, tu dulce secreto.

Los "métodos de oración" cristianos, como el de san Francisco de Sales en su *Introducción a la vida devota* o el de san Ignacio de Loyola en sus *Ejercicios espirituales*, suelen hablar de la primera etapa como la de ponerse en presencia de Dios. Esto se ve sobre todo en san Francisco de Sales que la considera como primer punto de preparación (parte II, capítulo II). San Ignacio es más original: después de una oración preparatoria que pone al creyente en la actitud pedida por el Principio y fundamento (23), la meditación comienza con dos preámbulos, que son la "composición de lugar" y "demandar a Dios nuestro Señor lo que quiero y deseo" (48).

Nosotros todavía no hemos llegado ahí. Ahora se trata simplemente de constituir un sujeto orante o meditante; de constituir el "yo" que va a rezar o meditar. No es una cuestión de despersonalización, de fusión en una esencia universal, en algo inclusivo que me negará a mí mismo y me exigirá que deje de ser yo. La meditación cristiana no borra a las personas sino que las hace más presentes las unas a las otras. El fondo silencioso, el lago profundo, el fondo del ser del que estamos hablando, no se identifica con el *atman* tal como lo entiende la filosofía india, el budismo o el hinduismo vedanta. Sin embargo, los seguidores de estas tradiciones de pensamiento sin duda reconocen algo. Este lago, este fondo, tiene de hecho un peso en sí mismo, un peso que nos aligera, pero porque siempre será necesario invertir las imágenes, es al mismo tiempo

un aliento que nos levanta y una ligereza del ser.

Es probable que los cristianos tiendan a descuidar este primer paso, mientras que los seguidores de una espiritualidad laica o una tradición oriental es más probable que no se contenten rápidamente. Los cristianos no tienen suficientemente olvidadas las palabras con que se reza (las oraciones) y a menudo son demasiado habladores, mostrando a veces una inclinación inmoderada por las fórmulas recitadas o por un soliloquio ininterrumpido donde se desahogan y se cuentan, sin abandonar el ruido de sus vidas.

Quizás no hemos repetido suficientemente que el silencio es la regla común de la oración. Esta etapa quiere conducir al que se lanza a la aventura hasta lo que la tradición cristiana llama el corazón (me parece designarla más adecuadamente como el vientre o las entrañas). No es una simple etapa preliminar que caería por su propio peso hasta el punto de que habría la tendencia a abstenerse de ella, sino que es una experiencia específica, de la que temo que muchos cristianos no la han practicado a pesar de que están habituados a hacer oración con regularidad.

Para quien quiere comprender lo que significa esta etapa, diremos que consiste en no interpretarla como un desapego de sí mismo, sino como un desapego al apego a sí mismo, lo que es muy diferente. No es necesario "desnudarse" de uno mismo, de su historia, de su pasado. El creyente va con toda su memoria creyente, con toda su experiencia propiamente religiosa. Descenderá con todo lo que es, con la manera como cristiano (si es cristiano), con su experiencia personal, con los perdones recibidos y dados, con su vida sacramental, con la lectura de las Escrituras, etc. Todo esto constituye su persona: una memoria personal y al mismo tiempo una memoria eclesial, mutuamente fecundadas la una por la otra.

Para este primer paso no tiene que separarse o tener un corazón "no creyente" sin historia personal ni eclesial. Pero debe dejarla sin perderla. Debe abandonarla también al silencio. Hay que silenciar todo. Para ser solo un sujeto silencioso, propiamente un sujeto, es decir, arrojado a su existencia, a su vida concreta.

En este sentido, su camino es el mismo que el de un no creyente, el de un practicante laico de la meditación. El camino es el mismo, pero hay una diferencia: el sujeto creyente es llevado, conducido, acompañado por la memoria de su fe. No se marcha hacia lo desconocido, sino que va al encuentro de aquel a quien cree. Y, por la fe, sabe que ese silencio le espera en el fondo de sí mismo y que está siempre allí.

Por eso lo que sugiero aquí no se opone a las escuelas de oración que nos invitan a usar nuestra memoria o nuestra imaginación para representarnos una escena evangélica en el momento de orar, como la invitación de san Ignacio para lo que él llama "composición de lugar". No se trata de negar los derechos a la imaginación o a la memoria sino más bien no atarse a ellas, con la seguridad

de que nos acompañan.

Si la fe es "la prueba de las realidades que no vemos" (Hb 11,2), es también la certeza en el corazón de la incertidumbre: siempre que permanecemos en nuestras certezas, quitamos espacio a su despliegue. Paradójicamente, es preciso abandonar mi experiencia para dejar que la fe se fortalezca.

En la oración (si esta palabra no te agrada, sustitúyela por "meditación"), al final, el creyente y el no creyente se encuentran al mismo nivel: nuestras certezas deben despojarse, lo más posible, de palabras, imágenes y sentimientos. Es la "noche" de la que hablan los grandes místicos, es la "noche de la fe", una fe sin apoyos, que se abandona al riesgo del silencio.

La única creencia que vale la pena es saber que el silencio me habita, que me precede y me espera.

AL FINAL DEL SILENCIO

Al final de la paciencia está el cielo,
al final del cielo está el silencio.

Proverbio de Tassili (Argelia)



Has vuelto al fondo de tu ser, el silencio interior que te habita. ¿Qué has encontrado allí? Nada.

Nada, excepto silencio. Al final del silencio, hay... silencio.

Si encuentras ruido, es el que haces para cubrir el silencio, lo que significa que, sin duda, estás a punto de hacer trampa. Así que no emprendas todo este camino hacia el silencio para, apenas llegado, llenarlo de ruidos, imágenes, sensaciones, emociones y palabras. Sé que es tentador, porque permanecer en silencio una vez que se ha encontrado, resulta inquietante, amenazante, angustioso. Pero no, ¡no hagas nada! Resiste a esa tentación engañosa.

Es posible que puedas descubrir otra cosa: gusto por el silencio, por el descanso y la alegría que te puede dar. El silencio no es nada sino, más bien todo, o una nada llena de todo. Supongo que encontrarás muy torpe mi expresión. Sé bien que mis palabras no logran decir estas cosas. ¿Cómo hablar de la voz de un silencio? ¿Cómo hablar de un vacío lleno? ¿Cómo expresar la certeza de que el silencio no es algo temible, parecido a una ausencia, a un abandono total? ¿Cómo expresar la certeza de que el silencio es como una conversación, un intercambio, una presencia? Las palabras se me escapan, pero la realidad se impone: cree que esas palabras insensatas que acabas de leer están llenas de sentido. Permítete escuchar ese silencio, saborearlo. No luches contra él, mímallo. No busques otra cosa, más bien dale la bienvenida.

Al principio, posiblemente durante unos meses o incluso años, no podrás resolver este problema. Podrás encontrar algo al final del silencio, pero te obstinarás en exigir algo más.

Eso no es grave, solo que retardará un poco el feliz día en que consentirás en entrar realmente en el silencio, acogiéndolo tal como es. Entonces empezarás a gustar su dulce sabor. Estabas buscando el mediodía a las dos de la tarde; aún

no habías comprendido que ya habías llegado.

Si tenemos tantos problemas para no buscar en otra parte, es porque ya hemos llegado, ya estamos desnudos, sin defensas. El silencio desarma todas nuestras protecciones, nos enfrenta a nosotros mismos. No hay trampa posible para quien hace ruido y rompe el silencio.

Este silencio exige que estemos en paz con nosotros mismos para que podamos acogerle. Lo que supone perdonar todo, aceptarse como uno es, tan miserable, para habitar el silencio, para morar allí, para encontrar alegría y gustar su sabor.

Damos por supuesto que al principio habrá gritos de angustia, miedo a encontrarse expuesto de esa manera, tan vulnerable. Tendremos entonces la tentación a huir a toda prisa para encontrarnos con la barahúnda de nuestros pensamientos, de nuestro imaginario, para encontrar el ruido que cubre nuestra fragilidad. En resumen, para vivir al abrigo de imágenes y palabras, en vez de descubrir lo íntimo.

El silencio es la escuela del humilde. Se requiere la simplicidad de un corazón abierto a la propia debilidad. Precisamente este gesto de humilde abandono de sí es el que conduce a otro que, en espejo, es un gesto similar de humilde abandono de uno mismo. El humilde se abandona al humilde. El humilde abandono de uno mismo hace posible el don completamente gratuito del otro que se abandona a ti. Uno se entrega al otro y le abre su puerta. Uno a otro, en un intercambio mutuo, sin ser posible ni incluso útil, reconocer quién es uno y quién es el otro.

Estamos entonces en el centro de la aventura del silencio, cuando uno se encuentra esperado, acogido, recibido y colmado por el otro. La rendición de uno mismo, la renuncia de uno mismo desvelan una presencia en este silencio.

Acabamos de dar un gran paso en la aventura del silencio. Releamos lo que precede. Ya no estás solo en tu silencio, Otro está presente, otro que también está en el silencio. A este otro, los creyentes lo llaman Dios. Pero no importa el nombre, sino que has identificado su presencia silenciosa en el vacío de tu propio silencio. Al final del silencio del creyente (o de cualquiera que se ha arriesgado a esta aventura) está el silencio de Dios.

La oración o la meditación si prefieres esta palabra, es simplemente esto: escuchar el silencio de Dios. Si el nombre de Dios te resulta extraño, sustitúyelo por lo que quieras, pero déjame a mí usarlo ya que en mi vocabulario es la palabra disponible para designar esta alteridad.

Mi alma está junto a ti, silenciosa, como un niño en brazos de su madre. Mi alma tiene sed de ti, como tierra seca, agostada, sin agua. En silencio, bebe de tu silencio. Este silencio es como una fuente que fluye para saciar

mi sed. Mi silencio bebe allí, no con avidez como un borracho, sino tranquilamente, como se respira el aire que llena nuestro pecho, como recibimos los primeros rayos de sol de la primavera.

¿Cuál debe ser ahora nuestra única atención? Escutar este silencio establecido en nuestro interior, sin preocuparnos por todo lo que revolotea, susurra, imagina o reflexiona en la superficie. Examina este silencio para descubrir una alteridad, procurando sobre todo que no sea tu imaginación o tu memoria quien la fabrique. Es difícil darse cuenta de esta alteridad porque, precisamente, no dejarás lugar a la imaginación antes de haberla reconocido porque, en primer lugar, es una certeza íntima incluso antes de ser objeto de una experiencia.

Si fuera objeto de la experiencia, se podría nombrar, aunque fuera someramente. Habría palabras que lo expresarían y que se interpondrían entre nosotros y esta certeza íntima. De hecho, tan pronto como reconozcas una experiencia, has dejado el lugar del silencio. Dale a tu silencio interior el tiempo necesario para que te haga conocer la alteridad que le constituye. ¡Escucha el silencio de Dios!

No os estorbe saber que sois dos sujetos distintos. No hay más que un silencio, aunque sepáis que otro está presente. ¿Lo hacen dos sujetos o solo uno? ¿Está Dios presente en el fondo de ti o vive sin fundirse contigo? Olvídate de estas preguntas inútiles, que solo son ruido. Más adelante podrás leer libros sobre esto, que no faltan y que han dado muchas respuestas diferentes, y aun opuestas, a estos problemas sin duda legítimos.

No te preocupes si no sabes dar cuenta de lo que vives en este silencio, de lo que crees (porque, en última instancia, de lo que se trata es de fe). Simplemente gústalo. Escucha la voz del silencio de Dios.

Escuchar en silencio el silencio de Dios va de la mano —como ya he dicho— con la experiencia de nuestra fragilidad, de la desnudez de nuestros vacíos interiores y de nuestras debilidades lo que debería resultar penoso y temible. Pero es todo lo contrario. Disfrutarás de paz, de una verdadera reconciliación contigo mismo, de una tranquilidad segura. El otro a quien reconoces presente en ti no es un enemigo. Él no te borra, ni te humilla, ni te inflige ninguna prueba. Está ahí, solo para ti; también en paz.

Ante Él la vergüenza de tu desnudez no es amenazante porque no está él menos desnudo ante ti que tú ante de él, ni menos vulnerable, ni menos frágil.

Esto sigue siendo verdad, aunque seas creyente y reconozcas a Dios como el Dios todopoderoso del catecismo. Es cierto incluso aunque no sepas cómo nombrarlo. Él es el único ante quien puedes estar verdaderamente desnudo, sin arriesgarte a perder algo. Él es el único ante quien el pudor pierde su función natural de protegerte de la mirada del otro.

Este intercambio de silencios puede ser expresado como un intercambio de miradas, siempre que no agregues las imágenes que te gustaría superponer.

Podemos decir que es un intercambio de miradas sin nada que ver. Nos vemos, pues, reducidos a escuchar el silencio del otro, a mirar su mirada sin ver nada, sin ninguna imagen. Como siempre, las palabras no sirven para expresarlo. Es imposible hablar de este diálogo de silencios, de este intercambio de miradas, sin romper las palabras.

El otro os ofrecerá la experiencia impalpable de su silencio, lo que los cristianos llaman Dios, que se presenta sin palabras y sin nombre. Por lo tanto, es un anónimo, que no sabe imponerse, pero del que se puede adivinar el carácter amistoso de su presencia. Si no puedes llamarlo Dios, llámalo simplemente Amigo. Este nombre le gustará y al mismo tiempo servirá para calificar tu diálogo silencioso con él.

Por tanto, al final del silencio solo hay como respuesta el silencio. Aunque parezca extraño, conviene permanecer ahí, asentarse ahí, mucho tiempo, largamente. No hay que pasar furtivamente, hay que detenerse, darle tiempo para llenarte.

Según vayas acostumbrándote, la primera etapa será muy rápida, casi instantánea. Conocerás el lugar del silencio interior y te concentrarás rápidamente. Pero este diálogo silencioso de los dos silencios es imprevisible: puede durar poco o mucho. No seas de los que rompen esta conversación paradójica de los dos silencios. Acomódate en este espacio compartido, saboréalo tanto tiempo como sea posible. Dejarlo debería ser un desarraigo, una violencia, un desgarró como cuando dejas al ser amado...

Las espiritualidades laicas nos invitan a vivir el momento presente, a desprenderse de las experiencias pasadas o de las esperanzas por venir para no estar más que aquí y ahora y en ninguna otra parte. No es eso, sin embargo, lo que yo digo. No hay que tratar de escapar de la historia o de "tus" historias, pequeñas o grandes, o abstraerse de los recuerdos y proyectos. Sin duda es grande la tentación de crear una burbuja de tiempo donde estar tranquilo y libre de todo. Pero ¿serías tú mismo si desertaras de tu temporalidad?

No te invito a vivir en otro tiempo ni en otra temporalidad. Hay que desear algo más sutil: que el tiempo del Amigo llene el tuyo, dejar que otro tiempo viva el tuyo. Quizás conozcas ese *koan* delicioso, esa máxima de sabiduría en forma de paradoja: "¿No es el jardín quien cruza al gato?". Tú eres el gato. ¿Quieres cruzar el jardín del Amigo? Deja que su jardín te cruce.

No se trata de fabricar la experiencia espiritual. No fabriques al otro, al Amigo, a Dios. No fabriques sus palabras sino, más bien, acoge su silencio. No fabriques tu entrada en su temporalidad, en su tiempo, sino deja que ella entre en ti. No te dejes a ti mismo para unirte al Amigo; sitúate más bien simplemente allí, él está allí, y os acogéis uno al otro, el uno al Amigo. Al final del silencio, solo hay silencio. Y luego nada.

Sin embargo, vendrá el momento en el que dejarás este diálogo de silencios.

Después de diez minutos, media hora, una hora o más dependiendo de tu disponibilidad y según tu temperamento; pero no hay que batir ningún récord, ni cumplir objetivos, ni revisar elementos. Solo existe tu total libertad.

Al salir de esta oración (meditación), puede que sientas el corazón agrandado y más ligero o puede que no. Eso no tiene ninguna importancia. No vas a transformar este diálogo en método, ya sea un método de relajación, de pacificación, de reconciliación o de realización. ¡Sería un insulto! Porque estos momentos de silencio escapan a cualquier noción de interés o provecho. Y si un día el silencio se vuelve total, si el Amigo parece haber desertado de estas conversaciones sin palabras, no has fracasado.

Aprende a aceptar que a Él le gusta estar completamente callado contigo. El silencio del Otro no es doloroso cuando es el de un amigo. No es ausencia sino presencia aumentada. Porque creo que dos amigos están más cercanos cuando callan que cuando hablan.

Dos pasajes bíblicos bien conocidos por todos los cristianos marcan profundamente su concepción de la vida espiritual y de su relación con Dios.

El primer texto se encuentra en el capítulo 3 del primer libro de Samuel. Se trata del profeta Samuel; de niño su madre se lo encomendó al sacerdote Elí. El texto bíblico explica que "la palabra del Señor era rara en aquellos días, las visiones no eran frecuentes". Elí y Samuel duermen en el Templo, cerca del arca de la alianza. Y de repente:

El Señor llamó, "¡Samuel, Samuel!". Él respondió: "¡Aquí estoy!" y corrió adonde estaba Elí diciéndole: "Aquí estoy porque me has llamado". "No te he llamado", dijo Elí, "vuelve a la cama".

La situación se repite tres veces: tres veces la llamada, tres veces la carrera del pequeño Samuel hacia Elí y tres veces la respuesta de Elí a Samuel mandándole a la cama. Pero a la tercera vez, Elí empieza a entender que hay algo más que una pesadilla del niño. Esto es lo que dice el texto bíblico:

Elí entendió que era el Señor quien llamaba al niño y le dijo a Samuel: "Ve a la cama, y si te llaman, di: Habla, Señor, que tu siervo escucha", y Samuel se fue a dormir.

En la cuarta llamada que escuchó Samuel:

El Señor vino y se hizo presente. Le llamó como las otras veces: "¡Samuel, Samuel!". Samuel respondió: "Habla, que tu siervo escucha".

Y es entonces cuando Dios comunica al pequeño Samuel su juicio sobre Elí.

Una primera lectura de este episodio parece estar en completa contradicción con lo que acabamos de leer: hay un diálogo entre Samuel y Dios, con palabras efectivamente pronunciadas y escuchadas. No reconocemos un diálogo de silencios, sino un diálogo hablado. Muchos cristianos, teniendo este relato en la memoria, buscan la misma experiencia: les gustaría hablar con Dios ya que el

relato bíblico parece legitimarlo. O bien esperan, en vano, una llamada de Dios gritando sus nombres: ¡Pedro!, ¡María!... Algunos dicen que la han oído. No tengo ninguna razón para dudarlo, pero en lo que a mí se refiere, jamás he oído nada.

Otra historia bíblica tan conocida por los creyentes como la anterior, parece decir lo contrario y abundar en el sentido de un diálogo de silencios. El episodio se encuentra en el libro primero de los Reyes, capítulo 19.

Se trata de otro profeta con un nombre parecido al que aconsejaba a Samuel, aunque no debemos confundirlos; este profeta, es Elías, el hombre de fuego, como lo llama Ben Sira (cf. Sir 48,1). Por haber combatido a los falsos profetas, se convirtió en enemigo de Jezabel, esposa del rey Acab, que intentaba matar a los profetas de Dios. Elías huye de Jezabel, sumido en una profunda angustia y deseándose la muerte. Fue entonces cuando se encuentra con Dios.

El Señor le dijo: "Sal fuera y quédate de pie ante mí, sobre la montaña". En aquel momento pasó el Señor, y un viento fuerte y poderoso desgajó la montaña y partió las rocas ante el Señor; pero el Señor no estaba en el viento. Después del viento hubo un terremoto; pero el Señor tampoco estaba en el terremoto. Y tras el terremoto hubo un fuego; pero el Señor no estaba en el fuego. Pero después del fuego se oyó el rumor de una brisa ligera. Al escucharlo, Elías se cubrió la cara con su capa, y salió y se quedó a la entrada de la cueva.

Elías no encuentra a Dios en manifestaciones espectaculares sino en "el rumor de una brisa ligera". El texto hebreo dice más precisamente: "la voz de un silencio tenue". Esta traducción sería preferible porque parece contradictoria y nos reenvía a algo misterioso: la voz de un silencio.

Este segundo relato está, evidentemente, más en relación con la experiencia de silencio tal como la hemos presentado aquí. No se escucha nada en la oración, solo la voz de un silencio... Dios no es hablador, aunque las tradiciones judías y cristianas nos lo presenten como un Dios que habla a los hombres y por eso se reconocen como religiones de la Palabra más que como religiones del libro.

Jesús mismo, en los evangelios, invita a sus discípulos a una oración pobre de palabras: "Al orar no repitas palabras inútilmente, como hacen los paganos, que se imaginan que por su mucha palabrería Dios les hará más caso" (Mt 6,7). Si el hombre que ora debe abstenerse de hablar demasiado, ¿por qué Dios iba a esperar largos discursos? La oración no puede ser una charla.

Según el segundo relato, la experiencia espiritual es la del silencio. ¿Como interpretar entonces el primero? ¿Defiende una posición contraria, incluso contradictoria?

Una segunda lectura del relato de la "vocación de Samuel" que es como frecuentemente se suele citar este episodio, nos puede reconciliar con el del profeta Elías en la montaña del Horeb. Aunque hay palabras entre Dios y el pequeño Samuel, no son tan claras que Samuel pueda entender que es Dios quien le habla.

Samuel hace la experiencia interior, mientras dormía, de un encuentro, de una

visita, de una aparición de un Otro, al que no sabe nombrar. El sacerdote Elí comprende que esta experiencia es experiencia de Dios y no le invita a preparar un gran discurso para la próxima tentativa de aproximación de Dios, sino simplemente estar disponible para la experiencia.

La consigna que da al niño es ante todo una consigna de atención, de escucha, de disponibilidad a un encuentro improbable: "Tu siervo escucha". El lector de la Biblia fácilmente puede asociar esta frase al regalo que pide el rey Salomón a Dios: no riqueza, poder o gloria, sino "un corazón que escucha" (1Re 3,9). Antes de ser un Dios que habla, el relato de la vocación de Samuel nos dice que "el Señor vino y se hizo presente" (1Sam 3,10).

Esta es la presencia silenciosa que reclama un corazón que escucha, un corazón que está en silencio. El silencio de Dios reclama el silencio de Samuel. Cuando el relato explica que "Samuel no conocía todavía al Señor y la palabra del Señor aún no le había sido revelada" (1Sam 3,7), hay que entender que su palabra era tan extraña que apenas se parecía a una palabra humana. Y no debe excluirse que esta palabra tan extraña sea sin palabras. Es el sueño del niño el que sirve paradójicamente de marco para esta escucha.

Por supuesto que el redactor está obligado a usar las palabras de los hombres para dar cuenta de lo que Dios "dice" a Samuel, pero nada nos obliga a identificar esas palabras con la voz de Dios. Si la palabra de Dios es la voz de un tenue silencio, entonces las palabras de la historia son solo un intento de decir lo indecible. Los dos relatos tal vez no sean, al fin, tan contradictorios.

La experiencia espiritual tiene su propio lenguaje, que escapa a las lenguas de los hombres. El encuentro de corazón a corazón de un hombre con Dios tiene lugar según un registro específico. Para dar cuenta de ello, podemos hablar de un intercambio de silencios o si se prefiere un intercambio de palabras. En cada caso no es fácil encontrar el concepto correcto. Es lo que explicaba san Juan de la Cruz, el gran místico del siglo XVI, en el prólogo de su *Cántico espiritual*:

Porque el Espíritu del Señor que ayuda nuestra flaqueza, como dice san Pablo (Rm 8,26), morando en nosotros, pide por nosotros con gemidos inefables lo que nosotros no podemos bien entender ni comprender para manifestarlo. Porque ¿quién podrá escribir lo que, a las almas amorosas, donde él mora, hace entender? Y ¿quién podrá manifestar con palabras lo que las hace sentir? Y ¿quién, finalmente, lo que las hace desear? Ciertamente, nadie lo puede; cierto, ni ellas mismas por quien pasa lo pueden. Que ésta es la causa por que con figuras, comparaciones y semejanzas rebosan algo de lo que sienten, y de la abundancia del espíritu vierten secretos misterios, que con razones lo declaran. Las cuales semejanzas, no leídas con la sencillez del espíritu de amor e inteligencia que ellas llevan, antes parecen dislates que dichos puestos en razón.

Así que estamos condenados a la extravagancia más que a las palabras razonables: la experiencia del diálogo de dos silencios, la escucha de una presencia, la atención prestada al Amigo, la experiencia de nada que llena todo.

La experiencia de oración o meditación que se menciona en este libro no excluye cualquier otra forma de oración. Sin embargo y sin duda es la

fundamental de las llamadas formas de oración en las que el creyente recita un texto de su tradición religiosa o deja que su corazón se explaye para hablar con su Dios.

Aunque es fundamental, sin embargo, es también más árida que las formas rituales y, ciertamente, es más "mística" (no nos dejemos impresionar por este adjetivo hasta el punto de llegar a prohibirlo). Precisamente por renunciar a las palabras resulta más admisible para los que quieren acercarse a esta experiencia sin poder (o sin querer) llamarse creyentes o religiosos. La mística tiene un carácter más absoluto, menos condicionado a una tradición religiosa particular, lo que la hace accesible a todos.

Hay un juego complejo entre la experiencia mística arreligiosa o suprarreligiosa y las mismas tradiciones religiosas que no funcionan de manera idéntica para la persona creyente que para la persona sin religión.

El creyente se ve a sí mismo como arraigado en una tradición religiosa que configura de antemano su relación con Dios. Para el creyente, la palabra "Dios" se refiere a una persona conocida y confesada, a una historia de salvación registrada y meditada en las Escrituras. Su enraizamiento religioso colorea totalmente su vida (y no solo su vida religiosa), dando forma a su relación con el mundo, con los otros, con uno mismo y con Dios. Toda su memoria creyente construye este enraizamiento; su práctica religiosa la mantiene. Hereda de una comunidad de fe un credo común que da lugar al prisma por el que mira este mundo, que moldea su lenguaje y su pensamiento, que le da su vocabulario creyente, etc.

El Otro, el Amigo, encontrado en la oración silenciosa no es un anónimo. Es lo que llamamos aquí una "tematización religiosa", es decir, una apropiación según la cultura, el lenguaje y la práctica de una comunidad religiosa.

A la persona creyente se le propone la aventura de purificar todas sus palabras, todas sus ideas preconcebidas sobre el mundo, Dios, los otros y sobre ella misma, para arriesgarse a una experiencia no temática de lo divino, donde las palabras no tienen recorrido, donde las imágenes están ausentes y donde la imaginación está paralizada.

En el espacio de su oración tematizada, cuando toma las palabras de su Iglesia, cuando relee la Sagrada Escritura, cuando celebra los sacramentos u otros ritos, la persona creyente está sostenida por su tradición religiosa. Si su fe se debilita, se apoya en la fe de su comunidad de pertenencia. Pero también le puede asaltar la duda: ¿No es pura fabricación humana este lenguaje, esta cultura, estos ritos? ¿Estas emociones espirituales son fruto del Espíritu de Dios o producto de la imaginación? ¿Estará tan condicionada que pueda inventar experiencias que no son reales? ¿No será su tradición religiosa un lavado de cerebro consentido libremente?

Cuando surgen estas dudas, el creyente puede encontrar paz en una

experiencia no tematizada. Pero el diálogo de silencios no es nada porque si fuera algo sería inmediatamente tematizado. El diálogo de silencios permanece inasible, sigue siendo insignificante, no busca construir un sentido, pasa de las palabras.

Este insignificante inasible, impalpable, es como *nada*, ya que todavía no puede llevar un nombre. No es nada y no es, por tanto, nada fabricado. Escapa totalmente del lenguaje, no existen palabras para decirlo porque de lo contrario sería un hecho tematizado; sin embargo, es algo, una "experiencia", algo difícil de definir, de lo que no se puede decir más, pero que resulta suficiente.

Para la persona no creyente o no religiosa que busca una experiencia espiritual que le gustaría que fuera "laica", esta experiencia tematizada no es necesariamente un camino hacia las tradiciones creyentes de las comunidades religiosas que lo rodean. Podrá contentarse con ello, sin buscar tematizarla, sin darle palabras, sin relacionarla con prácticas o ritos. Y para explicársela a los demás o a ella misma se moverá en el terreno de la poesía.

Para otros, sin embargo, como tenemos una boca para hablar y un cuerpo para actuar, y porque estamos siempre "tematizados" en lo concreto, nos resultará natural introducir ritos o retomar los que nos parezcan admisibles, adoptar un vocabulario creyente o unirnos a una comunidad. Para todos, la relación con los creyentes será, sin duda fácil, aunque no se comprenda ni se acepte todo; una connivencia espiritual hará florecer un camino entre ellos. En la historia, el terreno de la mística ha sido a menudo un terreno de reconciliación entre tradiciones religiosas opuestas. También podría serlo entre "espirituales" creyentes y "espirituales" no creyentes.

La respuesta de un campesino al santo cura de Ars (san Juan María Vianney) que le preguntaba sobre su oración probablemente no parecerá muy rara a un seguidor contemporáneo de la meditación de plena consciencia. El campesino respondió: "Le miro. Y Él me mira". Probablemente era un verdadero místico. "Le miro. Y Él me mira". "Lo escucho y Él me escucha", "me callo y Él se calla". El campesino quizás no sabía muy bien su credo católico y sin duda no sabía decir grandes cosas sobre "Él", pero identificaba al Dios de su catecismo y eso le bastaba. En el secreto de su oración había dejado toda tematización; palabras, imágenes y ritos se había vuelto superfluos.

PALABRAS Y SILENCIO

La amistad,
como el amor del que participa,
pide casi más arte más que
una figura de baile. Se necesita mucho impulso
y mucha moderación,
muchos intercambios y palabras,
y muchos silencios.
Y sobre todo mucho respeto.

Marguerite Yourcenar

Con los ojos abiertos



Tú eres humano. No juegues a ser ángel ni bestia. Eres un hombre o una mujer que habla. Habla para no decir nada o para entrar en relación con alguien o para comprender, acoger o analizar. En el fondo, habla para vivir, simplemente.

En todas las religiones, en todas las civilizaciones, encontramos ascetas que se abstienen de hablar durante un tiempo más o menos largo. Pero no porque hayas descubierto el diálogo de silencios entre tú y el Amigo tienes que imitarlos, dejando tu manera de actuar y renunciando al habla. En cualquier caso, pienso que no podrías renunciar durante mucho tiempo al habla; tampoco vamos a hacer un concurso para responder a esta cuestión...

A través del lenguaje que usas, tu palabra te inscribe en una cultura particular. Probablemente dispones de diferentes registros de lenguaje, que te conectan con una subcultura diferente, con una comunidad particular, con una "tribu". Puedes hablar con un lenguaje moderno o anticuado o con diferentes acentos según las circunstancias. Tu lengua construye tu identidad y el mundo en que vives. Las lenguas conectan con las diferentes tribus de pertenencia y con las numerosas redes con las que estamos relacionados. O más exactamente, las tribus con las que nos relacionamos son las que nos hacen comprender el mundo, a los demás y a nosotros mismos. Tu "yo" no precede a tu palabra, sino

que nace con ella.

Si quieres vivir con el Amigo silencioso que has encontrado en un silencio compartido, si quieres compartir su "tribu", tienes que inventar un lenguaje propio para hablarte primero a ti mismo, tal vez a otros, y es posible que para hablar con él.

Hay palabras de amor que nunca dejarán la esfera de lo íntimo y que pueden nacer en el silencio. Estas palabras solo os pertenecen a vosotros dos. Si las desvelas te arriesgarás a parecer ridículo, a crear incomprendiones y a veces incluso envidias.

Pero esos términos existen; pueden ser una palabra repetida, un mantra, un grito, un gemido, una aclamación, o simplemente una respiración, un suspiro, un lenguaje como aturdido. Pero eso ya es un lenguaje. Te puede ayudar a canalizar el flujo mental desordenado para descender al silencio y, sobre todo puede acompañarte en el silencio. Es, en primer lugar y simplemente, el lenguaje íntimo de tu diálogo silencioso, inútilmente precioso, sin valor en el mercado, pero inapreciable. Esto es paradójico, pero así es.

En clase de química, aprendemos qué es un precipitado. Aunque hay varios tipos, la mayoría de las veces se trata de la formación de un elemento sólido en una solución líquida después de una reacción química (es decir, exactamente lo contrario de una disolución). El lenguaje de lo íntimo es algo parecido: un precipitado de silencio. Incluso podrás sorprenderte con las palabras que te llegan a los labios en el silencio prolongado con el Amigo. Esta sorpresa indica que estas palabras te vienen dadas. Hay que acogerlas con infinita delicadeza. Su misteriosa destilación las ha convertido en una esencia sutil.

Pero esta destilación de palabras raras procedentes del silencio también te lleva a una purificación de las palabras engañosas que te acompañan cuando quieres dejar la superficie de tu existencia para bajar al silencio. Es inevitable que alimentemos nuestra oración (o meditación) con nuestras preocupaciones, con el ruido de nuestras vidas superficiales. Después de todo, esta agitación superficial representa gran parte de nuestra existencia.

Si acabas de perder un ser querido, si estás a punto de lanzarte a un nuevo proyecto, si tienes hambre o sed, si sufres, o si eres muy feliz, ¿no es legítimo que tu lenguaje interior lo refleje? ¿No sería legítimo que lo hablastes con el Amigo, aún a riesgo de caer en una simple charla? No se trata de renunciar al programa propuesto en los capítulos anteriores pero el camino del silencio está siempre por retomar.

El diálogo de los silencios seguirá siendo la figura por excelencia de tu meditación. Pero no está ahí para sofocar tu lenguaje interior tal vez demasiado hablador. Como ya he dicho, se superpone a él. No está para prohibir que seas lo que eres, ni para vivir lo que vives. Simplemente purificará con dulzura ese lenguaje interior: lo desbastará, lo organizará, lo simplificará, lo suavizará, lo

pacificará y, sin duda, lo conducirá al silencio. No te va a amordazar: igual que una madre consuela a su hijo que llora con todas sus fuerzas y le pacifica dándole reposo, así conducirá dulcemente tu corazón silencioso.

Las palabras habladoras que te abruman y te agitan son como el grito desordenado de una sed que no pide más que ser colmada para encontrar la paz. El silencio de Dios es como un pozo profundo capaz de absorber todo este desorden y purificarlo para reencontrar la paz. Purificación, pacificación, apaciguamiento son los frutos de los encuentros con el Amigo.

Las diferentes “tribus” a las que perteneces, esas diversas afiliaciones que te definen, no son redes separadas unas de otras, herméticas las unas ante las otras. Tu grupo de amigos y tus redes profesionales no son estancas. Hay puentes entre ellos, pasajes entre ellos. Lo mismo ocurre con el Amigo, con Dios.

El precipitado del silencio, ese lenguaje del Amigo, no es absolutamente ajeno a los lenguajes de la vida matrimonial, del entorno familiar, de los amigos o de la profesión. Él puede fecundarlos. Existe como un contagio del lenguaje del silencio: es lo que a menudo se llama interioridad, profundidad. Eso te agiliza, te asienta, te ancla, y termina por desplazar ligeramente los otros idiomas por nuevos sentidos.

A veces esto ocurre también por una autoridad extraña, por una seguridad insólita de la que tal vez ni te has dado cuenta. Probablemente ya has percibido su presencia en los amigos que más quieres. Algunas tradiciones religiosas llaman a esto sabiduría, luz interior... Cualquiera que sea su nombre, esta fecundidad del silencio del Amigo nunca te pertenece: siempre se nos da graciosamente, es un regalo precioso.

Este contagio de palabras secretas de tu diálogo silencioso con el Amigo consigue con una fecundidad que se nos escapa, la unificación progresiva de las lenguas. Tus amigos a veces te hablarán sin siquiera adivinar el tiempo secreto que has pasado con Dios. El silencio unirá las figuras dispares de tu vida que irrumpen en sus redes múltiples. La vida moderna nos hace vivir, a veces en el mismo día, mundos completamente diferentes: el trabajo, el grupo de amigos, la familia, etc.

Muchas pueden ser las voces, numerosos los lenguajes y las palabras: voluble y feliz con los amigos, severo y conciso en la vida profesional, dulce y tierno con el cónyuge, risueño y divertido con los hijos. La voz del silencio puede estar en todas estas voces y anidar allí para fecundarlas. Frente a la explosión de nuestras vidas, la voz del silencio es un acento común, una armonía oculta en todos estos mundos, un lazo de unión que nos asegura, una columna interior que nos sostiene.

El idioma ruso tiene dos palabras para expresar el “silencio”. Una es *tichina*,

relacionada con el adjetivo *tichi*, que significa “calma, tranquilidad”. Otra es *moltchanie* una derivación del verbo *moltchat’*, que significa “callarse”. *Tichina* es el silencio calmado y tranquilo que abre un espacio a la palabra, a menudo susurrada, para que no rompa el silencio. Es la calma después de la palabra apaciguada. Es el silencio de los grandes bosques siberianos en invierno.

Moltchanie, por el contrario, es un silencio que se impone a la palabra y que la interrumpe o la prohíbe. Es el silencio de la clase cuando entra el maestro en el aula (bueno... a veces). Es el silencio que se impone al entrar en un santuario. La palabra conduce al silencio-*tichina*, mientras que silencio-*moltchanie* rompe la palabra *tichina* es dulce (la palabra es femenina en ruso), *moltchanie* es ruda, incluso brutal (neutra en ruso).

Cuando el silencio de Dios es *tichina*, el corazón se pacifica. El salmista se vuelve tranquilo y confiado:

Oh Dios, tú eres mi Dios, por ti madrugo,
mi alma está sedienta de ti;
mi carne tiene ansia de ti,
como tierra reseca, agostada, sin agua.
¡Cómo te contemplaba en el santuario
viendo tu fuerza y tu gloria!
Tu gracia vale más que la vida,
te alabarán mis labios.
Toda mi vida te bendeciré
y alzaré las manos invocándote.
Me saciaré como de enjundia y de manteca,
y mis labios te alabarán jubilosos.
En el lecho me acuerdo de ti
y velando medito en ti,
porque fuiste mi auxilio,
y a la sombra de tus alas canto con júbilo.

Sal 62,2.4.5.7

Aquí, Dios está en silencio y el salmista languidece buscándolo sin encontrarlo. Sin embargo, parece amar esta paz. La noche es larga pero no deja de alabar a su Dios. ¿Rompen el silencio de Dios las horas de la noche que pasa hablándole? ¿Podemos decir que rompe el silencio porque su corazón canta lo que se calla o su canto es más bien su forma de entrar?

Pero el silencio de Dios también nos puede hacer sufrir. El salmista exclama entonces:

¡No te quedes en silencio!
¡No te alejes de mí!
Levántate, Señor y Dios mío, ¡despierta!
Hazme justicia, defiende mi causa.

Sal 34,22-23

O también:

Oh Dios, ¡no te quedes en silencio!
¡No te quedes inmóvil y callado!
Mira a tus enemigos, a los que te odian:
alborotan y se rebelan contra ti.

Este silencio de Dios ¿es *tichina* o *moltchanie*? En cualquier caso, es penoso porque el creyente está inmerso en la angustia. El silencio de Dios no hace callar al creyente, sino que le hace gritar su llanto y su dolor. Es doloroso el contraste entre el silencio de Dios y el grito jadeante y la llamada desesperada del corazón que sufre.

Oh Dios,
no te quedes callado ante mi oración,
que soy un pobre y afligido,
tengo herido el corazón,
me voy desvaneciendo como una sombra,
el viento me arrastra como a una langosta.
Al verme, mueven burlones la cabeza.
Ayúdame, Señor y Dios mío;
isálvame, por tu amor!

Sal 108, 2.22.23.26

O también:

Nuestro Dios viene y no callará.
Lo precede un fuego voraz,
lo rodea tempestad violenta.

Sal 49,3

El creyente llega a pedir fuego y tormentas, los mismos fenómenos en los que Elías no había reconocido en el monte Horeb la presencia de Dios. Finalmente, el silencio (*tichina*) de Dios responde a la demanda que le dirige el salmista para que reduzca al silencio (*moltchanie*) a sus enemigos. Dios parece tranquilo y silencioso cuando los problemas se abaten sobre el creyente que, como le resulta intolerable, apela a la autoridad divina para hacer callar a los enemigos.

Si estás familiarizado con los evangelios, probablemente reconocerás una situación muy similar en el episodio de la tempestad calmada, donde Jesús duerme en la barca sometida a los vientos y las olas que aterrorizan a los discípulos. La misma *tichina* por parte de Dios, la misma angustia por parte de los hombres.

Jesús cede a sus demandas y sale de su silencio para calmar las olas.

Jesús se levantó, dio una orden al viento y le dijo al mar:
—¡Silencio! ¡Cállate!
El viento se detuvo y todo quedó completamente en calma.

Mc 4,39

“¡Cállate!” es *moltchanie*; una gran calma, es *tichina*. Ahí es donde Dios nos quiere conducir, a la *tichina*, a su silencio tranquilo.

El silencio tranquilo de Dios es un tesoro enterrado que regocija el corazón. A veces le responde el silencio del hombre, a veces su júbilo, su alabanza, su canto, palabras que se inscriben en el corazón del silencio de Dios, sin perturbar la paz. Este silencio tranquilo, *tichina*, no es una humillación de la palabra ni su extinción ni su deslegitimación, sino como su respiración profunda, su precipitado.

En el cristianismo, como en el judaísmo, la palabra es un don. “En el principio era la Palabra”, así es el conocido comienzo de la Torá en el libro del Génesis que describe la creación del mundo por la palabra divina:

En el principio, Dios creó el cielo y la tierra [...] Dios dijo ...

Gn 1,1-3

La primera palabra dirigida al hombre, justo después de su creación, es una bendición:

Dios les dio su bendición: “Tened muchos hijos; llenad el mundo y gobernadlo; dominad sobre los peces, las aves y todos los animales que se arrastran por la tierra”.

Gn 1,28

La Palabra está al principio de todo como vemos también en san Juan:

Al principio era la Palabra y la Palabra estaba con Dios y la Palabra era Dios. Él estaba al principio con Dios. Todo fue hecho por Él, y sin Él nada se ha hecho.

Jn 1,1-3

Pero esta Palabra es en sí misma la revelación de un misterio enterrado en el silencio, es el precipitado del silencio eterno que entra en la historia del mundo. Es lo que dice san Pablo en la alabanza con que acaba su carta a los romanos:

Alabemos al Señor, que puede hacernos firmes conforme al evangelio que os anuncio y la enseñanza acerca de Jesucristo. Esto está de acuerdo con lo que Dios ha revelado de su designio secreto, oculto desde antes que el mundo existiera, pero dado ahora a conocer por los escritos de los profetas, según el mandato del Dios eterno. Este secreto del plan de Dios se ha dado a conocer a todas las naciones, para que crean y obedezcan. ¡A Dios, el único sabio, sea la gloria para siempre por medio de Jesucristo! Amén.

Rm 16,25-27

El libro de la Sabiduría, a su vez, evocando la noche de Pascua en la que Israel escapó de los egipcios, dice algo análogo:

A la medianoche,
cuando la paz y el silencio todo lo envolvían,
tu palabra omnipotente, cual guerrero invencible,
salió del cielo, donde tú reinas como rey,
y cayó en medio de aquella tierra maldita.

Sab 18,4-15

La Palabra de Dios parece surgir siempre desde un profundo silencio, como si fuera su fruto. En una colección de avisos y sentencias espirituales que san Juan de la Cruz tituló *Dichos de amor y de luz*, el gran místico español explicaba la relación entre la palabra y el silencio:

Una palabra habló el Padre, que fue su Hijo, y esta habla siempre en eterno silencio, y en silencio ha de ser oída del alma (§ 99).

Este juego entre palabra y silencio es el recorrido que este libro ha intentado describir. Hemos comenzado a encontrar el silencio haciendo callar las voces de la vida que nos dispersan. Era el precio a pagar para descubrir el silencio que nos habita desde siempre: la *moltchanie* que interrumpe el ruido de nuestras vidas para encontrar la *tichina* en lo más profundo del corazón. Esa era la primera parte. Después hemos percibido la voz de un silencio tenue. Era la *tichina* del Amigo, la *tichina* de Dios que nos ha estado esperando desde

siempre.

La segunda parte de este libro nos invitaba a descubrir un diálogo de silencios, donde las palabras si no están completamente ausentes, al menos son muy raras y están reducidas la mayor parte de las veces a simples gemidos del corazón.

En esta tercera parte, se nos presenta una nueva forma de palabra que es como un precipitado del silencio.

Por un lado, es la Palabra del Amigo, surgida del silencio eterno, salida de un "misterio envuelto del silencio desde los siglos eternos". Sigue siendo nuestra palabra, precipitada de nuestro silencio, pero es una palabra nueva, un lenguaje nuevo que no tiene nada que ver con las palabras incómodas, intempestivas y vanas que, tan a menudo, nos desvían de nosotros mismos. Es una palabra tacaña de palabras, pero poderosa y creativa, capaz de refundarnos, de calmar el ruido de nuestras vidas y de unificarlas.

Si no eres cristiano, puede que ignores que esta tradición también conoce el uso de mantras. Estoy pensando especialmente en Rusia donde suelen orar repitiendo incesantemente, al ritmo de la respiración, esta jaculatoria: "Jesús, hijo del Dios salvador, ten piedad de mí, pecador". Es lo que en la espiritualidad ortodoxa se llama oración del corazón u oración de Jesús porque se centra en el nombre de Jesús. Esta oración no se entiende como un fin, sino como un camino hacia la oración pura, sin palabras, de corazón a corazón con Dios.

Esta oración forma parte de una de las grandes enseñanzas del hesicasmo, escuela espiritual que vive el silencio en Dios (*hesychía* en griego). En la décima *Collatio* (o *conversación*) de Juan Casiano en el siglo V, podemos leer una descripción de la "oración pura" a la que quiere conducir la oración del corazón:

Esta oración no es entorpecida por ninguna imagen, ni se sirve de frase o voces articuladas. Brota en un arranque de fuego que parte del corazón. Es un transporte inefable, una impetuosidad del espíritu, una alegría del alma que sobrepuja todo encarecimiento. Arrebatada de los sentidos y de todo lo visible, el alma se engolfa en Dios con gemidos y suspiros que el lenguaje no puede traducir.

Colaciones X,11

La repetición de las mismas palabras lleva al silencio completo del corazón, a la ausencia de toda imagen y palabra, para no ser más que un diálogo de silencio con el Amigo.

Hoy se habla mucho de búsqueda de identidad, de defensa de nuestra identidad ante la fragmentación de nuestras vidas ante las diferentes redes de relaciones y la espantosa disolución de los valores "universales" en fragmentos dispares y separados en muchas verdades regionales yuxtapuestas. También podemos denunciar la crispación generada por este miedo y optar por abrazar la posmodernidad que derrota a algunos tanto como encanta a otros.

El objetivo de este libro no es restaurar una identidad cristiana sólida, que pueda afrontar sin miedo el relativismo posmoderno. Me parece más fecundo

hablar, como Simone Weil, de enraizamiento, en lugar de identidad.

El enraizamiento no es un concepto identitario. No se trata de un arraigo en un suelo rodeado de fronteras que es necesario cerrar y proteger. Se trata de un enraizamiento en un medio que da acceso al universo entero en toda su belleza. Mi suelo es capaz de abrirme a la diferencia.

Mi arraigo me prepara para salir a la aventura de los otros, tan diferentes de mí, mientras que la identidad tiende a constituirme en una fortaleza separada que se repliega sobre sí misma como un bastión consolidado.

Las voces del silencio son voces para un arraigo abierto: el diálogo de los silencios es el suelo de una posesión libre de sí, abierta a las alianzas con amigos improbables. Es silencio, es la tierra de nuestro arraigo.

LOS CAMINOS DEL SILENCIO

Estoy lleno de silencio
ensordecedor para amar.

Louis Aragon

Le fou d'Elsa



La alegría es una explosión del exceso. Nace de la experiencia de vivir, conocer, amar. Expresa la alegría de vivir, de conocer, de amar cada vez más.

Si dedicas un tiempo para hacer espacio al silencio, si te comprometes a descubrir las orillas y buscarlas, ganarás en profundidad. Tu vida interior, tu vida espiritual será el testigo del exceso que te es dado explorar.

Serás menos hablador porque estarás menos hueco. Aunque no serás taciturno. Te gustará dejar en suspenso tus frases, desearás que un silencio las prolongue porque siempre habrá algo más que decir, incluso después de que hayan faltado las palabras.

Escucharás mejor a tus amigos porque habrás aprendido del Amigo que su silencio habla más que las palabras que estás tentado prestarle (¿no hacemos esto a menudo? ¿No terminamos la frase del amigo en lugar de dejarla llegar?) Serás el silencio. de tus amigos, el espacio donde respiren sus palabras. Darás paz. Habrás tomado el camino del silencio.

Este camino se abre después de una ruta a veces larga, una caminata que toma caminos unas veces pedregosos, otras empinados o llanos, bajo un sol abrasador, con el frío de una lluvia congelada, con tormenta o con el aire fresco de una mañana de primavera. Hay que seguir caminando, no por heroísmo ni por orgullo como si fuera una prueba que hay que terminar, sino en la experiencia cotidiana de la presencia escondida del Amigo y en la alegría de adivinarlo.

No es mala la imagen de una marcha para hablar de la oración. Su práctica se parece mucho a la de los que van a Santiago de Compostela o a otros lugares de peregrinación. Los primeros días hablan mucho: el cuerpo se queja de que ha olvidado las largas caminatas que practicaban nuestros antepasados, la

cabeza se interroga sobre la decisión de lanzarse a la aventura, la memoria está acaparada por lo que se ha dejado atrás... Poco a poco, se va tomando el ritmo, el movimiento se hace más natural, el cuerpo se vuelve más suave y el espíritu se libera. Y pronto, dulcemente, se ve que no es necesario encontrar sentido y que las razones y motivaciones se vuelven inútiles e inconsistentes: simplemente se vive. Y en esta paz reencontrada, en este equilibrio restaurado, en esta satisfacción, el silencio abre su camino.

Hay que atreverse a tomar este camino. Conduce al descubrimiento del Amigo, al descubrimiento de un suplemento, de un extra, de un exceso de paz, de equilibrio y de satisfacción.

Es lo propio del misterio de Dios que nunca está lejos y que siempre nos precede. Es lo propio del misterio de Dios estar inmediatamente accesible, y sin embargo muchos no saben encontrarlo. Misterio sin palabra, inefable, como todo verdadero misterio, pero poco más lejos que donde nos llevan nuestras palabras. Solo se necesita un pequeño paso, un pequeño salto al más allá de las palabras.

Desde los orígenes, el hombre ha encontrado varios caminos hacia el silencio del Amigo. La *Dama de Brassempouy* es una escultura en marfil de mamut que representa una cabeza de 3 o 4 cm, de hace 25.000 años. Es una representación muy hermosa y la más antigua de un rostro humano. La cueva de las manos, en Argentina, presenta en la roca huellas de manos de cazadores-recolectores que vivieron hace 7000 años; nadie sabe el significado, pero provocan una intensa emoción a quienes las miran. Estas obras prehistóricas eran ya caminos de silencio. Todavía hoy nos llevan ahí.

Paradójicamente también la música lleva al silencio ya que usa el sonido, aunque casándolo con el silencio. En *Las flores del mal*, Baudelaire confiesa que a él a menudo le lleva a lugares inéditos:

La música a menudo me agarra como un mar.
Hacia mi estrella pálida,
bajo un techo de bruma
o en un éter más vasto
yo levanto la vela.

Sin duda también nos transporta la pintura, la poesía, la música, incluso puede que las novelas. Todos conocemos caminos para estos viajes hacia lo inefable, todos tenemos nuestros caminos preferidos hacia el silencio.

Estos caminos de silencio nos son tan necesarios, tan vitales como el aire que respiramos, los alimentos que comemos, e incluso el amor. Además son hermanos del amor porque nos dan las mismas alegrías, la misma libertad. La oración se encuentra entre estos caminos. Conduce a la misma alegría, a la misma libertad.

Este libro no tenía más ambición que comprometerte con ella.

La oración no es el único lugar donde las palabras se extinguen y terminan por desvanecerse en el silencio; a veces deja que el silencio se condense en algunas palabras cercanas a lo inefable. Esta experiencia de oración desvela una realidad más general: los límites de la palabra humana.

La colección de artículos *Lenguaje y silencio* de George Steiner se abre con un capítulo apasionante titulado: "La retirada de la palabra". El autor muestra cómo el occidente clásico se había sacudido la ilusión, creyendo poder ordenar la realidad bajo el gobierno del lenguaje. Literatura, filosofía, derecho, historia, se esforzaban por encerrar dentro de los límites del discurso toda la experiencia humana, el recuerdo de su pasado, su condición presente y sus aventuras futuras. La historia del mundo occidental, a partir del código de Justiniano, la *Suma teológica* de Tomás de Aquino o los grandes *Compendia* de la literatura medieval, fue la historia de una tentativa de contención total. Para Steiner, esta empresa ambiciosa dejaba fuera la dimensión mística descubierta por el Oriente próximo y lejano.

En Occidente, la verdad y la realidad, salvo un margen reducido, podían vivir entre los muros del lenguaje, aunque existía un margen que escapaba de esta empresa babilónica. Este margen del lenguaje era conocido por los poetas, hasta por uno de los más grandes, Dante Alighieri.

En el último canto de su *Divina comedia*, relata su viaje al paraíso donde se topa con los límites del lenguaje al verse incapaz de describir el sol.

Ni arte ni ingenio imaginar podría,
no digo describir tanta belleza:
puedes creerlo, y por mirarla ansía. [X, 43]

Explica que, a menos que encuentres las alas para llegar allí, lo dirás como si un mudo narrara una historia imposible:

El canto de sus luces es de aquellas [joyas preciosas y bellas]
Quien no pueda volar hasta su cielo,
espere un mudo que les hable de ellas. [X, 73]

En el último canto del Paraíso, cuando llega al décimo cielo, le faltan al poeta totalmente las palabras y hasta la memoria no puede guardar una imagen de lo que ve en el empíreo.

Mi vista, más fija y más sincera,
más y más se extendía penetrante
en la alta luz eterna y verdadera.
Vi con mayor poder más adelante,
lo que a la lengua y a la vista excede,
y postra la memoria vacilante. [XXXIII, 51]

El poeta lamenta que su visión se vea casi totalmente desvanecida como la nieve que se derrite al sol. Luego suplica:

Haz que mi lengua sea tan potente

que al menos una chispa de tu gloria
pueda dejar a la futura gente. [XXXIII, 69]

Solo puede esperar transmitir una pequeña chispa de lo que ha visto.
Concluye:

Ahora que su presencia no me inflama,
es mi recuerdo como el de un infante
que se baña la lengua en lo que mama. [XXXIII, 105]

El niño que en latín es *infans*, *fante* en la lengua de Dante, etimológicamente, es el que no habla todavía... El poeta es como un hombrecillo sin idioma.

Lo inefable, abandonado a los poetas, no es muy apreciado en el Occidente clásico porque considera el silencio como un fracaso del lenguaje. La conocida exclamación de Blaise Pascal, "el silencio eterno de estos espacios infinitos me asusta" sorprendería a un oriental que encuentra en este silencio paz e intimidad con lo divino. Para estos, la verdad no tiene necesidad de la fragmentación que supone el lenguaje de los hombres, con su lógica ingenua, su concepción lineal del tiempo sometido a la sintaxis. Pasado, presente y futuro son simultáneos para la verdad; la estructura temporal del lenguaje destruye la unidad con distinciones artificiales.

Esta pretensión de las lenguas occidentales asombraba a los orientales porque abandonaba a los poetas a su dulce locura mientras creía abarcar la totalidad de la experiencia y la realidad. Pero pronto se enfrentó a nuevos lenguajes, sin equivalencias posibles, sin traducción en las lenguas antiguas.

Desde finales de siglo XVII, las nuevas lenguas se apoderan de la realidad: las matemáticas se vuelven objetos abstractos, los objetos físicos escapan al buen sentido de las lenguas "naturales" cuyas paráfrasis torpes no tienen en cuenta su significado, tan preciso e inequívoco como las notaciones precisas de las nuevas ciencias. Lógicas simbólicas, fórmulas químicas, objetos matemáticos van a sustituir progresivamente a las lenguas de las personas para imponer su eficacia en la comprensión de lo real, para entenderlo, regularlo y dominarlo por el progreso de las técnicas y de las ciencias.

Estos nuevos lenguajes, cada vez más abstractos, menos "naturales", reenvían nuestras lenguas comunes al silencio de los callejones sin salida. Nuestros lenguajes, destronados de su omnipotencia, se empobrecen hasta que, a principios del siglo XXI, lenguas abstractas han sustituido en nuestros idiomas a nuestras conversaciones que se han convertido en jergas científicas, difíciles, herméticas, reservadas a los iniciados. ¿Quién entiende las ecuaciones de Maxwell y puede enunciarlas en un lenguaje inteligible? ¿Quién puede explicarme qué es una variedad diferencial o la polarización de las ondas gravitacionales? El lenguaje de los científicos se ha vuelto intraducible.

La economía, la sociología e incluso la filosofía contemporánea buscan adoptar nuevos lenguajes intraducibles y poco a poco incomprensibles. Ya no hablamos normal sino en jerga.

Probablemente sea la hora de volver al poeta, al que todavía sabe cómo conservar y desplegar la fuerza vital del lenguaje, aunque es cierto que muchos ya han sucumbido a la jerga y al hermetismo.

El poeta resucita viejas palabras y su significado, haciéndolas nacer de nuevo a la conciencia de todos. Porque el poeta es capaz de dos hazañas: recuperar el poder original del lenguaje y desplegarlo para volver a vestir al mundo abandonado a las ciencias y decir lo que ellas nunca podrán decir y; al mismo tiempo, romper el lenguaje, transgredir sus límites, romper las palabras e ir más allá de las palabras, dejar espacio al silencio y, sin duda, tocar lo divino.

El lenguaje abstracto de las ciencias no deja lugar al silencio. No sabrá renunciar a su ambición prometeica de abrazar lo real. Los físicos siempre estarán atentos a una gran teoría unificada que sea absolutamente totalizante. No hay duda de que tendremos que resistir la tentación de hablar con estas jergas totalizantes cuyas indefinibles conquistas científicas hacen brillar la omnipotencia.

El poeta resiste cuando deja romperse sus palabras para abrir espacio al silencio. El pintor también quiere abrir nuestros ojos a lo invisible y acepta la paradoja de conseguirlo por medio de pigmentos visibles. El músico, ya antes de la invención de la notación musical, conocía la importancia de las pausas de los silencios y de los suspiros. No hay música sin silencio. La famosa frase de José II a Mozart, "hay demasiadas notas", ignorando el genio del compositor, nos dan a entender que no son las notas las que hacen la música sino los silencios.

Quien ora ha descubierto este mundo de silencio, de lo inefable, de lo invisible. Sabe que las palabras de su oración deben siempre fondear en las orillas del silencio. El lector que ha querido acompañarme hasta aquí se dejará convencer para pedir prestados a su alrededor estos caminos de silencio.

En nuestro tiempo, los nunca vencedores ni rotundos caminos del silencio se vuelven discretos. Sin violencia y sin problemas, triunfan convirtiéndose en algo necesario para la vida de los hombres y la respiración del mundo. Ya se les llame espiritualidad, interioridad, profundidad, o lo que sea, los caminos del silencio "dan aire", rompen los discursos totalizadores, desvían de la omnipotencia tecnológica. Prefieren lo inacabado, lo incompleto, lo fragmentario, lo que no cierra nada y que se desvanece.

Los caminos del silencio son caminos de paradoja, de oxímoron, y por lo tanto de exceso: exceso de ser, exceso de belleza, exceso de amor que ningún lenguaje puede expresar y que solo el silencio puede acoger.

Nunca deberían olvidar los teólogos que primero deben ser hombres de oración. Es cierto que la teología es una ciencia a la que hoy desprecia la universidad, aunque ha sido ella quien la ha inventado. Sin duda debe luchar para reclamar su estatuto de ciencia, pero siempre debe llevar al silencio, a la paradoja, al oxímoron, a lo inefable. La verdad que quiere alcanzar, con legítimo

orgullo, siempre se le escapa y la lleva a las orillas del silencio. Sus palabras fracasan.

En última instancia, la teología es arena, conchas nacaradas pulverizadas por el silencio de Dios. Si se hace habladora y pretenciosa se convierte en charla inútil. Ya no es uno de los caminos del silencio.

COLECCIÓN
ESPIRITUALIDAD
LIBROS PUBLICADOS

- ALBAR, L.:** Descenso a las profundidades de Dios.
ALEGRE, J.: La luz del silencio, camino de tu paz.
ÁLVAREZ, E. y P.: Te ruego que me dispenses.
AMEZCUA, C. y GARCÍA, S.: Oír el silencio.
ANGELINI, G.: Los frutos del Espíritu.
ASI, E.: El rostro humano de Dios.
AVENDAÑO, J. M.^a: Dios viene a nuestro encuentro.
– La fe es sencilla.
– La hermosura de lo pequeño.
- BALLESTER, M.:** Hijos del viento.
BEA, E.: Maria Skobtsov. Madre espiritual y víctima del holocausto.
BEESING, M.^a y otros: El eneagrama.
BIANCHI, G.: Otra forma de vivir.
BOADA, J.: Fijos los ojos en Jesús.
– Mi única nostalgia.
– Peregrino del silencio.
BOHIGUES, R.: Una forma de estar en el mundo: Contemplación.
BOSCIONE, F.: Los gestos de Jesús. La comunicación no verbal en los Evangelios.
BUCCELLATO, G.: Tú eres importante para mí.
- CÀNOPI, A. M.:** ¿Has dicho esto por nosotros?
– y **BALSAMO, B.:** Amor, susurro de una brisa suave.
CARAMORE, G.: A Dios nunca lo ha visto nadie
CHÉNO, R.: Al final del silencio.
CHENU, B.: Los discípulos de Emaús.
CLÉMENT, O.: Dios es simpatía.
– El rostro interior.
– Unidos en la oración.
CUCCI, G.: El sabor de la vida. La dimensión corporal de la experiencia espiritual.
- DANIEL-ANGE:** La plenitud de todo: el amor.

DOMEK, J.: Respuestas que liberan.

EIZAGUIRRE, J.: Una vida sobria, honrada y religiosa.

ESTRADÉ, M.: Shalom Miriam.

FERDER, F.: Palabras hechas amistad.

FERNÁNDEZ BARBERÁ, C.: Fuente que mana y corre.

FERNÁNDEZ-PANIAGUA, J.: Las Bienaventuranzas, una brújula para encontrar el norte.

– El lenguaje del amor.

FORTE, B.: La vida como vocación.

FRANÇOIS, G. y PITAUD, B.: El bello escándalo de la caridad. La misericordia según Madeleine Delbrêl.

GAGO, J.L.: Gracias, la última palabra.

GALILEA, S.: Tentación y discernimiento.

– Fascinados por su fulgor.

GHIDELLI, C.: Quien busca la sabiduría, la encuentra.

GÓMEZ, C. (ed.): El compromiso que nace de la fe.

GÓMEZ MOLLEDA, D.: Amigos fuertes de Dios.

– Cristianos en una sociedad laica.

– Pedro Poveda, hombre de Dios.

– Pedro Poveda y nosotros.

GRANDEZ, R. M.: Tú eres mi canto, Jesús.

GRÜN, A.: Buscar a Jesús en lo cotidiano.

– Evangelio y psicología profunda.

– La mitad de la vida como tarea espiritual.

– La oración como encuentro.

– La salud como tarea espiritual.

– Nuestras propias sombras.

– Nuestro Dios cercano.

– Si aceptas perdonarte, perdonarás.

– Su amor sobre nosotros.

– Una espiritualidad desde abajo.

GUTIÉRREZ, A.: Citados para un encuentro.

HANNAN, P.: Tú me sondeas.

HEYES, Z.: En casa conmigo y con Dios.

IZUZQUIZA, D.: Rincones de la ciudad.

JÄGER, W.: Contemplación.

- En busca del sentido de la vida.
 - Un camino espiritual.
- JOHN DE TAIZÉ: El Padrenuestro... un itinerario bíblico.
- La novedad y el Espíritu.
- JOSSUA, J. P.: La condición del testigo.
- JONQUIÉRES, G.: Fitness espiritual.

KAUFMANN, C. y MARÍN, R.: El amor tiene nombre.

- LAFRANCE, J.:** Cuando oréis decid: Padre...
- El poder de la oración.
 - En oración con María, la madre de Jesús.
 - El Rosario.
 - La oración del corazón.
 - Ora a tu Padre.
- LECLERC DU SABLON, J.:** Vivir al estilo de Jesús.
- LAMBERTENGHI, G.:** La oración, medicina del alma y del cuerpo.
- LÉCU, A.; PONSOT, H. y CANDIARD, A.:** Retiros en la ciudad.
- LOEW, J.:** En la escuela de los grandes orantes.
- LÓPEZ BAEZA, A.:** La oración, aventura apasionante.
- LÓPEZ VILLANUEVA, M.:** La voz, el amigo y el fuego.
- LOUF, A.:** A merced de su gracia.
- El Espíritu ora en nosotros.
 - Mi vida en tus manos.
 - Escuela de contemplación.
- LUTHE, H. y HICKEY, M.:** Dios nos quiere alegres.

- MANCINI, C.:** Como un amigo habla a otro amigo.
- Escuchar entre las voces una.
 - Libres y alegres en el Señor.
- MARIO DE CRISTO:** Dios habla en la soledad.
- MARTÍN, F.:** Rezar hoy.
- MARTÍN VELASCO, J.:** Testigos de la experiencia de la fe.
- Vivir la fe a la intemperie.
- MARTÍNEZ LOZANO, E.:** El gozo de ser persona.
- ¿Dios hoy?
 - Donde están las raíces.
 - Nuestra cara oculta. Integración de la sombra y unificación personal.
- MARTÍNEZ MORENO, I.:** Guía para el camino espiritual.
- MARTÍNEZ OCAÑA, E.:** Buscadores de felicidad.
- Cuerpo espiritual.
 - Cuando la Palabra se hace cuerpo... en cuerpo de mujer.

– Espiritualidad para un mundo en emergencia.

– Te llevo en mis entrañas dibujada.

MARTINI, C. M.: Cambiar el corazón.

– La llamada de Jesús.

MATTA EL MESKIN: Consejos para la oración.

MERLOTTI, G.: El aroma de Dios.

MOLLÁ LLACER, D. SJ: De acompañante a acompañante.

MONARI, L.: La libertad cristiana, don y tarea.

MONJE DE LA IGLESIA DE ORIENTE: Amor sin límites.

MORENO DE BUENAFUENTE, A.: A la mesa del Maestro.

– Alcanzado por la misericordia.

– Amor saca amor.

– A pie por el Evangelio.

– Buscando mis amores.

– Como bálsamo en la herida.

– Desiertos.

– Eucaristía.

– Habitados por la palabra.

– Palabras entrañables.

– Voy contigo. Acompañamiento.

– Voz arrodillada.

MOROSI, E.: ¿Cuánto falta para que amanezca?

NEVES, A: La luz que nos ilumina.

OSORO, C.: Cartas desde la fe.

– Siguiendo las huellas de Pedro Poveda.

PACOT, S.: Evangelizar lo profundo del corazón.

– ¡Vuelve a la vida!

PAGLIA, V.: De la compasión al compromiso.

PEREZ PIÑERO, R.: Nos mereció el amor.

PÉREZ PRIETO, V.: Con cuerdas de ternura.

POVEDA, P.: Amigos fuertes de Dios.

– Vivir como los primeros cristianos.

RAGUIN, Y.: Plenitud y vacío. El camino zen y Cristo.

RAVASI, G.: Epifanía de un misterio.

RECONDO, J. M.: La esperanza es un camino.

RIDRUEJO, B. M.^a: La llevaré al silencio.

RODENAS, E.: Thomas Merton, el hombre y su vida interior.

RODRÍGUEZ MARADIAGA, O. A.: Sin ética no hay desarrollo.

RUPP, J.: Dios compañero en la danza de la vida.

SAINT-ARNAUD, J.G.: ¿Dónde me quieres llevar, Señor?

SAMMARTANO, N.: Nosotros somos testigos.

SAOÛT, Y.: Fui extranjero y me acogiste.

SCARAFFIA, L. (Ed.): Las otras misericordias.

SEGOVIA, M.^a J.: La gracia de hoy.

SEQUERI, P.A.: Sacramentos, signos de gracia.

SOLER, J. M.: Kyrie. El rostro de Dios amor.

STUTZ, P.: Las raíces de mi vida.

TEPEDINO, A. M.^a: Las discípulas de Jesús.

TOLENTINO, J.: El hipopótamo de Dios.

TOLÍN, A.: De la montaña al llano.

– Seguirle por el camino con Simón Pedro.

TRIVIÑO, M.^a V.: La oración de intercesión.

UN MONJE EN LA IGLESIA DE OCCIDENTE: Amor sin límites.

URBIETA, J. R.: Treinta gotas de Evangelio.

VAL, M.^a T.: Orantes desde el amanecer.

VALLEJO, V.: Coaching y espiritualidad.

VEGA, M.: Contemplación y Psicología.

VILAR, E.: Dios te necesita para vivir en intimidad contigo.

– La misericordia de Dios sana.

– La oración de contemplación en la vida normal de un cristiano.

WELCH, S.: Conscientes y atentos.

WOLF, N.: Siete pilares para la felicidad.

Wons, K.: Sanar el corazón.

ZUERCHER, S.: La espiritualidad del eneagrama.

© NARCEA, S.A. DE EDICIONES, 2019
Paseo Imperial 53-55. 28005 Madrid. España
www.narceaediciones.es

© Les Éditions du Cerf, 2018
Título original: *Les voies du silence*
Traducción: Rita Campoamor
Imagen de la cubierta: IngImage

ISBN papel: 978-84-277-2597-3
ISBN ePub: 978-84-277-2598-0
ISBN ePub: 978-84-277-2599-7

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sgts. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

M^{ra} Dolores Gómez Molleda

PEDRO POVEDA Y NOSOTROS



*Un equipaje espiritual
para cristianos laicos*

narcea

Pedro Poveda y nosotros

Gómez Molleda, M^a Dolores

9788427724440

152 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Este libro reúne varias conferencias impartidas por M^a Dolores Gómez Molleda, a raíz de la publicación de *Creí por esto hablé*, primer volumen de la Edición crítica de las Obras de San Pedro Poveda. En ellas, de una parte, ahonda en las grandes líneas de larga duración o "constantes" del pensamiento del autor que constituyen "las señas de identidad" de sus realizaciones; en especial de su gran realización, la Institución Teresiana. Y de otra, invita a repensar las exigencias y desafíos que a la identidad carismática de la Obra le plantea su compromiso evangelizador de encarnación en una sociedad y en una cultura laica, postmoderna, multirreligiosa y multicultural. Convencida, además, de que en los escritos povedanos existe una espiritualidad adecuada al evangelizador seglar, aborda cuestiones primordiales relacionadas con la vocación del laico cristiano y con su vida intramundana. Las conferencias que ahora se publican abren perspectivas a lecturas no transitadas en los escritos de Pedro Poveda y marcan un hito importante en la aproximación y actualización a su mensaje. En cada una de ellas, la ponente conjugará la profundidad y claridad de las ideas con la brillantez de un discurso que revela su buen hacer como historiadora, profesora, periodista y escritora.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Filosofía de la educación

Cuestiones de hoy y de siempre

María García Amilburu
Juan García Gutiérrez

Opus Narcea 1983

narcea



Filosofía de la educación

García Gutiérrez, Juan

9788427723122

216 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Esta obra se enmarca en el ámbito de la Filosofía de la Educación y es de suma utilidad tanto para los universitarios que cursan estudios relacionados con la educación, como para los profesionales en ejercicio, pues los temas que se abordan son de permanente actualidad. En este libro se analiza el fenómeno educativo y se estudian las características de la perspectiva filosófica y de la Filosofía de la Educación como "aproximación filosófica al conocimiento de la educación" y como "disciplina académica". Se analizan las relaciones de este campo con otros saberes pedagógicos. A lo largo de sus páginas se estudia a los protagonistas de la educación, las relaciones que se establecen entre los agentes educativos y la naturaleza de las mismas, y las dificultades inherentes al reto de educar en sociedades democráticas y en "contextos des-educativos", como sucede en la actualidad. Se ofrece también un breve apunte de la Filosofía de la Educación desde la perspectiva histórica, así como las principales Sociedades, Congresos y Revistas científicas del área.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Educando con magia

Ruiz Domínguez, Xuxo

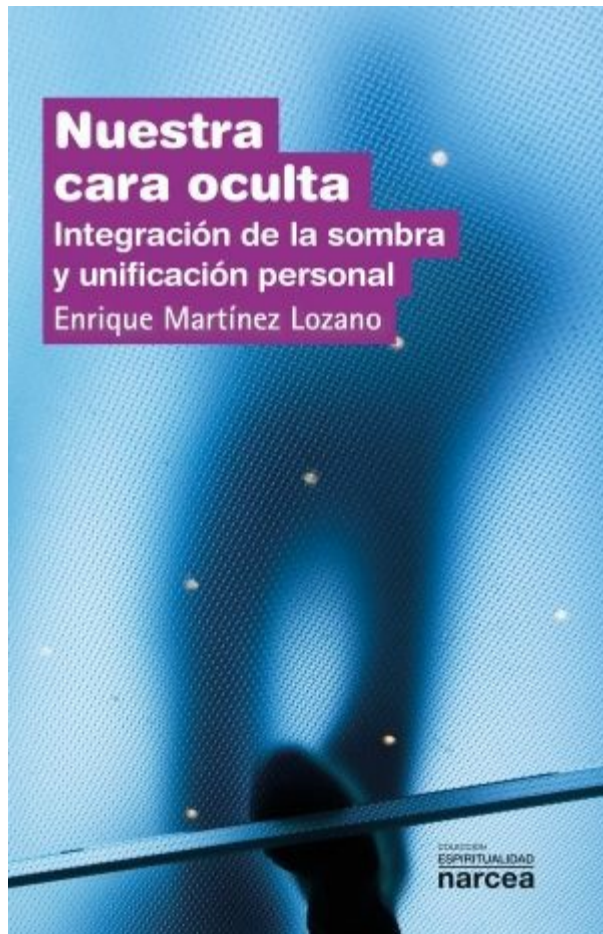
9788427723191

192 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Puede un maestro ser Mago? ¿Es la Magia un recurso educativo eficaz? Para dar respuesta a estas preguntas, el autor de este libro, maestro y mago, ha creado un método de motivación real para alumnos: la Magia Educativa. Un método útil no sólo para motivar, sino para explicar, mediar en conflictos, modificar conductas, aumentar la autoestima, etc. Leyendo estas páginas, el lector aprenderá nuevas técnicas, sorprendentes por su eficacia. Los casi 100 juegos explicados en este libro son fáciles de hacer, requieren tan sólo un mínimo de práctica y están descritos con un lenguaje claro y sencillo. Educando con Magia presenta recursos innovadores y mágicos que favorecen la actualización de los profesionales de la educación. Maestros, profesores, padres, monitores, animadores, cuentacuentos o magos que quieran impartir talleres para niños, encontrarán en él infinitas sugerencias para poner en práctica inmediatamente.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Nuestra cara oculta

Martínez Lozano, Enrique

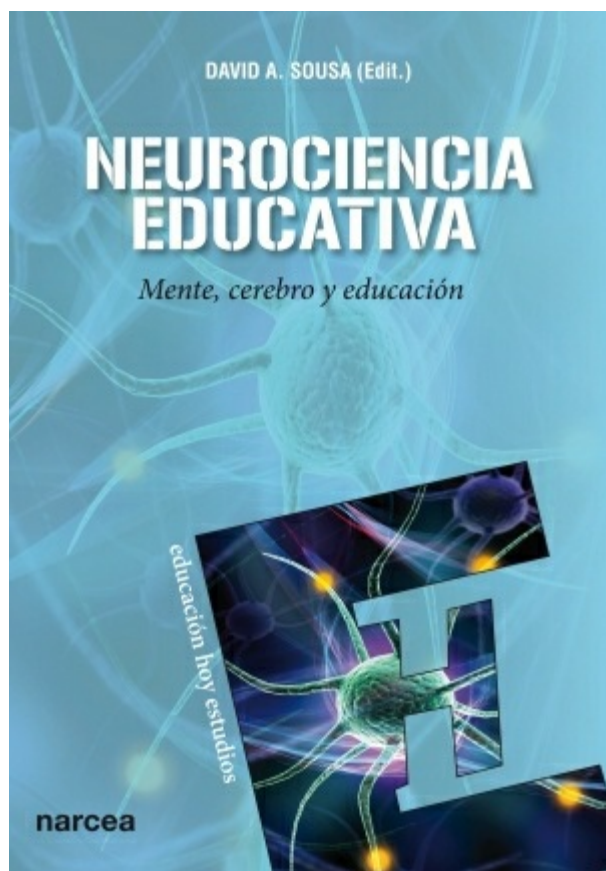
9788427722576

208 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Para descubrir esas zonas de sombra que hay dentro de nosotros y que a veces, ni se aceptan ni se conocen, el autor responde a preguntas tan importantes como: ¿Qué es la sombra?, ¿cómo se forma?, ¿cómo funciona?, ¿cómo se identifica?, ¿qué hacer con ella? y nos propone toda una tarea espiritual: trabajar con nuestra propia sombra de manera que podamos integrarla con lucidez y humildad para crecer como personas unificadas.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Neurociencia educativa

Sousa, David A.

9788427722439

193 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Los grandes avances acaecidos en el campo de la neurociencia en los comienzos del siglo XXI están cambiando totalmente nuestra forma de entender cómo aprende el cerebro; por tanto, tienen que llevarnos también a entender formas nuevas en el modo de llevar a cabo los procesos de enseñanza y aprendizaje. Para acercarnos a este vasto campo de la neurociencia, y descubrir sus indudables conexiones con el mundo educativo, el libro reúne una rigurosa compilación de distintas perspectivas sobre cuestiones fundamentales de la neurociencia aplicada a la enseñanza, a través de los trabajos de reconocidos pioneros en el naciente campo de la neurociencia educativa, mostrando cómo aplicar los actuales hallazgos al ámbito escolar. El libro demuestra que los docentes tienen el poder de potenciar ciertos cambios en el cerebro de sus alumnos. Por ello, ampliar sus conocimientos respecto a la neuroeducación y contar con estrategias contrastadas para su uso en el aula, facilitará que tengan más éxito a la hora de estimular y enriquecer la mente de los jóvenes estudiantes. El libro ha sido prologado por J. A. Marina, reconocido especialista en el tema.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Índice

Rémi Chéno	2
Cita inicial	4
A los lectores	5
Hacer silencio	8
Al final del silencio	14
Palabras y silencio	23
Los caminos del silencio	31
Colección espiritualidadLibros publicados	37
Créditos	42